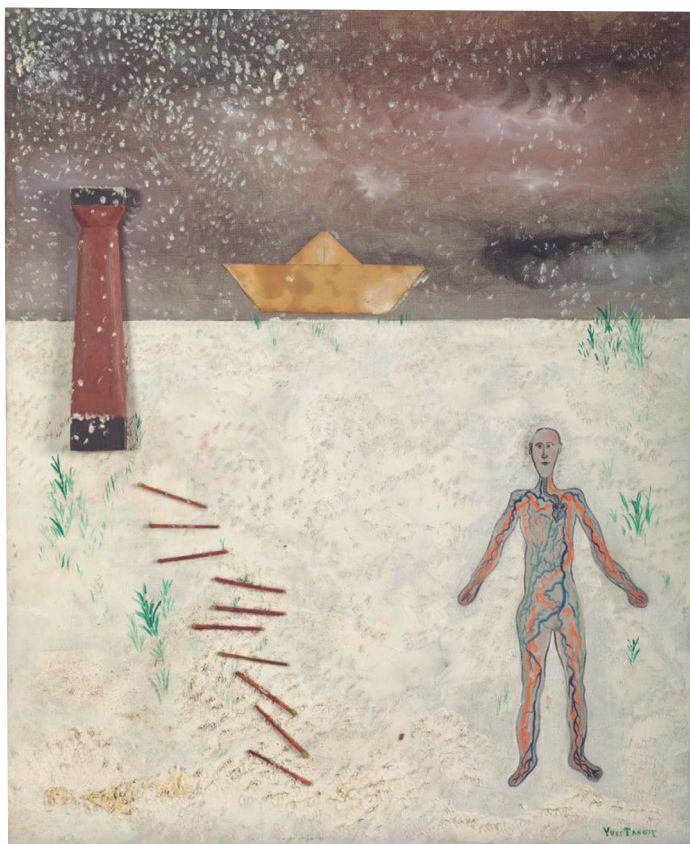


# El símbolo perenne de los faros

ANTONIO COLINAS



Yves Tanguy *El faro* 1926

**E**n pocos casos, una presencia o un símbolo como el de los faros tiene tanto sentido de trascendencia. Él nos remite a la antigüedad y a la modernidad, al mito y a la realidad, a lo legendario y a lo práctico, al pasado y al presente. El faro es una presencia realísima, práctica y útil, pero el mar en el que estas construcciones se asientan, las lejanías, las brumas diurnas y sombras nocturnas, lo sumen en una especie de suprarrealidad de la que, probablemente, nace ese importante carácter simbólico que poseen.

El faro es una construcción humana en los límites: en los de la tierra y el agua, en los de la tierra y el cielo. De ahí ese sentido suyo de comunicarnos con lo que se nos escapa, con ese límite o lejanía que está ya más allá de la realidad que nos ha tocado vivir a los seres

humanos. Si nos acercamos a un faro, su luz está cerca, pero, a la vez, está allá arriba, lejos de nuestro alcance. La altura de los faros parece estar hecha para dirigir a otro tipo de seres, pues su luz se alza cortante y altiva sobre la tierra, y huye luego hacia allá, hacia el fondo de la lejanía nocturna, donde ya todo es misterio para los seres humanos.

A la vez, los que navegando en ese fondo de negrura, descubren la luz del faro, la tienen por lo más cierto y seguro, pues en la noche de todos los temores y peligros, esa luz ilumina y conduce, ilumina y salva. De ahí que el faro y su luz nos remitan también a otra serie de signos: a esos que en la vida ayudan a seguir el camino o a buscarlo, los que iluminan en la noche todos los miedos o peligros posibles.

Y es que, hablando de los faros marinos, estamos refiriéndonos a una sensación muy de los seres humanos: a una sensación de infinitud. Es esa misma sensación que poseen aquellas personas que viven su vida con sentido de trascendencia, las que no se conforman con la realidad que sus ojos ven y que sus manos sienten. Estamos hablando de esa serie de sensaciones que nos hacen algo más que humanos y que, en consecuencia, nos hacen levantar el vuelo sobre nuestras miserias cotidianas. Sentimiento de infinitud que nos hace algo más que seres percederos.

Pues bien, el faro, y sus límites, y su luz, nos conceden esa sensación de infinitud, que vivimos profundamente como algo interior, pero que a la vez es algo que se nos despierta de manera realísima, pues el faro y su piedra firme son algo que podemos contemplar y tocar. Siendo lo más duro y lo más real, el faro comunica, a la vez, lo más sublime y eterno.

Desde luego, es probable que el faro no sería nada sin el mar en que se asienta. Me refiero a que un faro de utilidad exclusivamente terrestre nada tendría que ver con ese otro faro cuya luz se pierde en la inmensidad marina. Y es que el mismo mar es uno de esos espacios — quizá el espacio por excelencia —, que de manera más inmediata y hermosa nos conduce hacia ese sentido de infinitud y hacia esa vida en la trascendencia a que acabamos de hacer referencia. Esta es una sensación oscura, pero decisiva, que perseguimos desde el origen de la vida, desde que precisamente fuéramos arrancados de un tiempo en el que, como muy bien afirmó la filósofa María Zambrano, «el hombre había sido algo más que hombre».

La mar siempre fue camino, vía, sueño, fruto, y también lugar para los peligros, para los adioses y para todas las ensoñaciones posibles. Hay en la contemplación y en la vivencia del mar un deseo sublime de extraviarnos, de liberarnos para siempre, de fundirnos en su aparente, ilimitada inmensidad. Nadie como el poeta Giacomo Leopardi fijó esa dulzura, de raíz tan romántica, del naufragar en el mar de la vida para llegar a ser uno con la totalidad de lo creado: «Así, en esta inmensidad, se anega el pensamiento, / y naufragar me es dulce en este mar».

Pero hasta la misma mar tiene sus límites. Alguien, en esa locura de dimensiones no humanas que es el mar, tenía que fijar límites, tenía que trazar una frontera de luz y sombra para espantar el terror de sentirse humano, de saberse ser finito. Y ese límite lo fija la luz de los faros; la luz fugitiva de los faros, que va y viene, que



Maurice de Vlaminck *Faro* c.1920

es inaprehensible e inmaterial, pero que ayuda, que salva.

Mar y faro revelan también, simplemente, lo que es bello, precisamente esa belleza que, en opinión de otro poeta, Rilke, no es sino «el comienzo de lo terrible». Por tanto, con pocas sensaciones se puede encontrar el hombre que, a la vez, comunique tanta seguridad y placidez, ante la inmensidad de la noche marina; inmensidad solo rota por la mágica luz de los faros. La luz del faro salva, pero también señala los caminos del riesgo, el comienzo de 'lo terrible'.

El de los faros fue un sueño (y, a la vez, una realidad) que comenzó a tejerse —quizá en nuestro mismo mar Mediterráneo, en las Puertas del Helesponto—, hace ya casi una treintena de siglos, en torno al siglo IX antes de Cristo. Bajo un faro que había en el cabo Sigeo, la flota

ateniense buscó refugio en unos días que el poeta Homero inmortalizó en sus dos grandes libros: la *Odisea* y la *Ilíada*.

Desde entonces hasta nuestros días, ¿qué es lo que no habrá significado ese fulgor nocturno del faro, ese relámpago de su luz entre la costa escabrosa y sombría y la negra inmensidad marina? ¿Qué ideas, nostalgias, evocaciones no habrán despertado en las mentes de marinos y viajeros, o incluso en las de aquellos que nunca navegaron y que, desde tierra firme, la contemplaban a diario, esas luces sugerentes y heridoras?

Tornando a los significados de la simbología más fértil, tenemos que reparar en que, a la vez que junto a cualquier mar, los ojos salvadores de los faros fueron brotando en las orillas concretas del Mediterráneo; e iban surgiendo en él otros faros con otra luz: la luz del

conocimiento. Brotó así, con Mesíodo — el primer poeta europeo—, la lírica; y brotó el pensamiento, y el arte.

Surgió el lirismo primitivo, el conocer —vidrioso también como la luz de un faro—, de los filósofos presocráticos, las formas ligeras de las esculturas cicládicas, las cerámicas negras, áticas, o las rojizas y delicadas sigilatas romanas, los soberbios templos de mármol, los viajes de Platón a Egipto o de Virgilio a Grecia en busca de más conocimiento. Y las obras de tantos otros autores. Sin la seguridad de esos faros humanos —de esa otra luz del conocimiento original y ejemplar—, nada hubiera sido igual para los seres humanos.

Precisamente por ello, los faros representan muy bien la variedad y el sentido de progreso de todas las cosas humanas. Hay faros que se han contado entre las maravillas del mundo de la Antigüedad (como el faro de Alejandría) y ha habido modestos faros, alimentados por simples hogueras, que se colocaban sobre las toscas torres de defensa o, en momentos de desesperación extremada, sobre el mismo suelo inhóspito en el que se acababa de encallar. Estos últimos eran los desesperados fuegos que levantaban los naufragos en la noche de su abandono. Faros también que brillan, en otros lugares y en otros momentos, alimentados por aceite, con acetileno o con placas solares.

También recordamos atrás la piedra, como el material por excelencia, perenne, a la hora de mantener alta la luz de los faros. Pero progresivamente, el hormigón y las estructuras metálicas han ido sustituyendo a la piedra, al ladrillo, a la madera, en las que, a veces, eran costosísimas y difíciles construcciones; sobre todo por su apartamiento y por

lo escabroso del terreno en que debían situarse.

El faro y la casa del farero. Generalmente, también de piedra, adosada al faro. Y la vida en soledad del farero: una elección, una vida radical, especialmente para los que todavía hoy la eligen. Soledad del farero de la que, a veces, incluso nacen los frutos de la creación. Sé de un farero que, en el mar de las islas Pitüses, compone música. Debajo de su casa, el abismo del acantilado; arriba, la inmensidad celeste. En medio, esa forma de apresar el sentido de infinitud en una obra musical, en una obra de arte.

Por tanto, no es posible abordar la historia y los sentimientos de los seres humanos (y, muy concretamente, la historia de las gentes del Mediterráneo), sin contar con esa presencia, cargada de simbología, de los faros. Y es que el faro supone la presencia del riesgo y de la amenaza, pero, a la vez, nos señala el lugar concreto en donde vivimos, la presencia de nuestros seres queridos, el lugar del hogar seguro, el rincón de la infancia.

El faro despierta, hasta en los seres más insensibles, el sentimiento y la memoria poéticas. A la vez, su luz estremece y proporciona nostalgia a la despedida en los viajeros, especialmente cuando la hora de partir es nocturna, misteriosa, doblemente dramática. La luz del faro tiembla entre la bruma que envuelve al pescador extraviado y su claridad compite, en las hermosas noches del estío, con la luz de la luna fría y nueva, cálida y llena.

El mar, y en concreto el mar Mediterráneo, está lleno de signos de infinitud, de símbolos prodigiosos —el mismo mar, por supuesto, las luces diurnas y nocturnas (infinidad de luces), las grutas y los acantilados, la fuente, el bosque y sus

árboles, el náufrago, las naves y sus velas, los delfines, las ruinas arqueológicas—, pero ninguno es tan fugitivo y bello —tan misterioso— como el de los faros.

Es fugitivo, por ser cambiante, porque conduce, de continuo, a nuestros ojos, de la luz a la sombra, del todo a la nada. La luz del faro juega con nuestras miradas, y las entretiene, y las confunde, cuando —ante esa luz— pasa una nube, o un cendal de bruma. Esa dimensión o presencia de la luz del faro, sus cambios, nos proporcionan también información sobre el tiempo climático que hay o que puede haber. La lejana luz del faro en otra isla, viene y se va proporcionándonos no pocas informaciones sobre el grado de humedad o sequedad del aire.

El faro y su luz son también los señores de la naturaleza que los rodea. Por encima de cualquier otra llamada o significado, la luz de los faros nos indica el lugar donde está el mundo civilizado, lo que salva, el puerto seguro. En mis poemas he procurado apresar muchos de estos sentidos últimos que los faros tienen. De ahí que entre «el asesino ojo de los faros» y los faros que son señal de salvación y bondad, exista toda una gama de significados.

Inolvidable es también ese momento —del amanecer o del anochecer—, en el que los faros se encienden, y su luz compite con las luces celestes, o con las que emanan de las vegetaciones de las costas. Tiene, entonces, la luz del faro, algo de lágrima a punto de caer, una especial ternura que nos remite a lo más limpio y puro que puede haber en el mundo. Nos creemos habitantes de una tierra concreta, pero, a la vez, viendo ese temblor de lágrima de la luz de los faros, sabemos que nuestras vidas estuvieron un día más

allá de esta burda realidad presente. O pueden ir aún más allá de ella.

Ese momento del atardecer, lo recuerdo de manera especial zarpando hacia la isla de Formentera, en una Noche de San Juan y con luna llena. A esa hora del atardecer, todas las luces son delicadas y se transforman sin cesar. Hay en el aire como una fuerza serena que parece imantar cada cosa. Puede que también aparezca en el horizonte ese puñado de luz que es Venus naciente, pero, desde la nave, nuestros ojos se dirigirán, sobre todo, hacia los faros de los islotes que siembran ese mar.

Más allá de los islotes de s'Espalmador y de s'Espardell vemos brillar la luz más vigorosa de otro faro: el del acantilado de La Mola, ya en Formentera, el mismo faro que inspirara a Julio Verne para su obra *Héctor Servadac*. Hoy, muy cerca de este faro, un monolito recuerda el hecho y homenajea al escritor francés que, ensoñando la realidad futura, supo plasmarla con gran acierto.

«Zarpamos del pequeño puerto al atardecer / para la fiesta de los fuegos nocturnos...». Brotan, con facilidad, los versos, pero difícilmente pueden transmitir la sensación que nos producen esas luces parpadeantes sobre islotes e islas. Ya antes de partir la nave, a modo de despedida, vimos brillar con fuerza la luz del faro de Botafoç. Era como si, con su brillo, nos despidiera toda la ciudad antigua, la Dalt Vila que arriba, por encima del yermo del Soto Fosc, nos despiden con sus arquitecturas impenetrables.

Luego, a medida que las sombras crecían y que nos íbamos sumergiendo en la inmensidad marina, nos saludaban y despedían también las tímidas luces de los islotes: Penjats, d'en Pou. No puede



Gertrude Abercrombie *La ballena azul* 1947

comprenderse el sentido de esta tierra concreta sin esta visión, especialísima, al atardecer, de los faros saludándonos con sus luminarias benéficas. Todo es plenitud en estos atardeceres maduros de junio.

«Zarpamos del pequeño puerto al atardecer / para la fiesta de los fuegos nocturnos...». Vuelven los versos a nuestros labios y sentimos felicidad al saber que esa luz saludable de los faros nos remiten a otra luz, a otro símbolo: el del fuego de las hogueras, el del fuego de las hogueras de la Noche de San Juan.

Y recorriendo con la mirada los islotes, los cabos y las calas, hacemos un repaso intrahistórico de la Historia. No pensamos en los grandes hechos, fechas y nombres de la Historia, en ese torbellino

de las ideologías que trajeron un día las sangres de las batallas, la crueldad de las guerras. Viendo la temblorosa, apacible luz de los faros, recordamos que estos islotes fueron refugios de pescadores, lugar para el lazareto, promontorio para un templo púnico (como el de Illa Plana); lugares, hoy, para el recreo o la excursión. Estos islotes son los espacios para los peces, las aves y las lagartijas de variados colores y no referencia de contiendas.

Estamos sumergidos en un espacio en el que ya el cielo, la tierra y el mar; difícilmente se diferencian. Estamos en unos momentos en que se torna bueno el dicho platónico de que «todo es uno y todo es diverso». El ser humano apenas se

diferencia de la naturaleza en la que vive y de la que brotó. Ya es uno con el todo, el microcosmo que es parte —mínima— del microcosmos.

Pero precisamente esa luz próxima y distante de los faros, a la vez fría y cálida, es la que le dice al hombre que es algo más que materia que la propia tierra ha de devorar un día. La luz del faro —el símbolo— es, como también creía María Zambrano, «el lenguaje de los misterios». Por eso, su luz nos habla con un lenguaje de trascendencia, de esperanza, que nos anima a seguir en nuestra singlatura. Estamos sumidos en el «món romput en illes», a que se refería el poema de Villangómez, pero a la vez, en un mundo coherente, con el que nos fundimos de manera placentera, ideal.

Recuerdo también que, para este mar que se extiende entre Livissa y Formentera —mar que también podía ser el que se extiende entre cualquiera de las Illes Balears—, nació un día un proyecto que nunca se pudo llevar a cabo. Cuatro artistas de nuestro tiempo —Miralda, Guinovart, Irriguible y Vostell—, quisieron dejar su impronta artística en cuatro de los faros de estas costas, pero el proyecto nunca se pudo materializar. Resultaba difícil alterar el mundo del faro, metamorfosear con materiales artísticos la realidad simple y natural del faro y de su entorno. Pero ahí quedó el proyecto como afán humano de querer ir más allá del faro, y de sus espacios, y de sus luces.

Creemos —debemos creer— hoy en la luz de los faros como luz de esperanza. No otra cosa significa ese sentido de eternidad, de infinitud que hemos comenzado señalando. Hoy, más que nunca, la luz del faro nos salva de la caducidad y de la muerte. A su amparo, o viéndolos desde

la lejanía, los faros nos deben remitir siempre a la humanidad y al humanismo, a una presencia civilizadora del hombre. El ojo despierto de los faros debe señalanos hoy esa luz del conocimiento sin la cual los seres humanos nada serían: luz de cambio e investigación, de búsqueda y de reencuentro entre culturas, religiones, lenguas, civilizaciones, Luz que aparta las sombras del ser y revela en la mar del vivir caminos exclusivamente salvadores.

Sobre todo, la dulce y segura, mágica luz de los faros, entreabre la sombra marina —la noche del ser—, como un reclamo, como una llamada final a los hombres despiertos de nuestro tiempo. Llamada final de un tiempo que no deseamos que sea igualmente final, apocalíptico. Que sea final ese tiempo que señalan los faros, pero porque hemos disuelto definitivamente las agresiones, los enfrentamientos, las contaminaciones. Que esa luz abra, en verdad, una Nueva Era. En la plenitud marina, el faro —a la vez, piedra, luz y sueño— es mensaje de siempre y para siempre.

Escribimos estas páginas precisamente en unos días llenos de amenazas y de negros presagios. Una vez más, la Humanidad ha vuelto a extraviarse, a perder su equilibrio. Quizá sea, por ello, el momento ideal para volver a leer en los signos, para volver a leer en los símbolos: en la luz de los faros.

Y en esa luz intemporal, apacible, bellísima, volver a reencontrar el camino del diálogo, y de la armonía, y de la paz perdidas. Todo pasa —basta el horror y la guerra—, pero, sobre sus altozanos de roca y sueño, la luz de los faros nos habla con un lenguaje que no pasa, que no es de hoy o de ayer, sino de siempre: con un lenguaje de eternidad luminosa. 🏰



Bachico